



BEGOÑA IBARROLA

ILUSTRACIONES JESÚS GABÁN

EL CLAN DEL TALISMÁN

DESCLÉE DE BROUWER



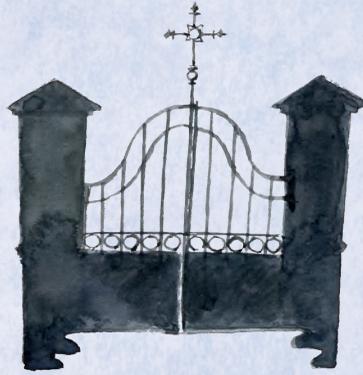
Miguel tenía un secreto que nadie conocía: deseaba más que nada en el mundo entrar en el Clan de los guerreros. Pensaba que los que pertenecían a este grupo eran los chicos más listos, más fuertes y más populares de su clase y, aunque sabía que muy pocos lo conseguían, estaba dispuesto a enfrentarse a las pruebas que le pusieran.

—Quiero entrar en vuestro clan —les dijo un día cuando sintió el valor suficiente.

—¿Cómo te atreves a pedirnos entrar en nuestro grupo, pequeñajo? —le dijo el jefe—. No creo que estés preparado para superar la prueba.

—Estoy dispuesto a hacer lo que me digáis —contestó Miguel intentando que no se dieran cuenta del miedo que les tenía.

—Está bien, si nos traes la flor que vive en el cementerio y se abre las noches de luna llena, podrás pertenecer a nuestro clan.



Era de noche y el cielo estaba iluminado por una luna redonda y brillante cuando Miguel se acercó al cementerio del pueblo, pero de nuevo el miedo le impidió traspasar la enorme puerta de hierro oxidado y sus piernas se pusieron a temblar. No podía fallar pues, cada luna que pasaba sin superar la prueba, las bromas del clan se hacían más pesadas.

Un día le tiraron la mochila al suelo, otro día le pusieron la zancadilla y se cayó, y a menudo se reían de él llamándole miedica, enclenque y cuatro ojos. Estaba harto de aguantar sus malos tratos.

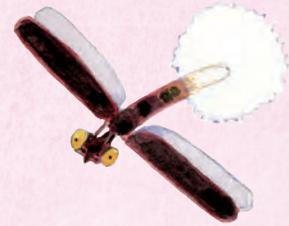
Enfadado con él mismo por volver a sentir miedo, apretó los puños, contuvo la respiración y decidió empujar la puerta, esta vez con todas sus fuerzas, hasta que se abrió haciendo un chirrido tan fuerte que le puso los pelos de punta.

Ahora debía buscar aquella flor tan especial y llevársela como trofeo al Clan de los guerreros.





Apenas había comenzado a caminar cuando le sorprendió un intenso olor que decidió seguir pues, según le habían contado, la flor de luna despedía un aroma especial al abrirse.



Miguel estaba aterrado. Andar entre las tumbas de los muertos no era un agradable paseo y quería salir de allí cuanto antes. Dio unos pasos más guiado por su olfato y, de repente, se detuvo, por fin la había encontrado.

Era maravillosa, nunca había visto otra flor igual. Dirigió su linterna hacia ella y pudo ver sus pétalos, parecidos a los de un enorme lirio, con tonos violetas y naranjas, y observó que un montón de luciérnagas volaban a su alrededor.

—¿Te gusta nuestra flor? —le preguntó una de ellas.

Miguel, sorprendido de que un insecto le hablara, contestó:

—Sí. ¡Es preciosa!

—Libamos su néctar cuando florece, y eso nos mantiene vivas —le dijo otra.

—Pero cada vez quedan menos porque algunas personas las arrancan —añadió otra lamentándose—. Además solo pueden vivir en lugares silenciosos, no soportan el ruido de los humanos.